COLOR HISTORIETAS






JORNADA

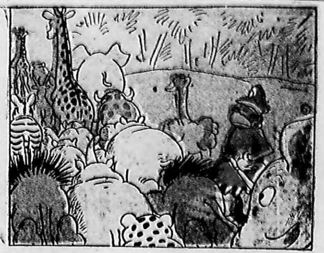
COLOR PARA NIÑOS











LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA

























El Terrible Jefe y su Pueblo

Shembe, el Rey Africano, Sabe Gobernar a sus Tribus

Es un verdadero rey

A más o menos doce millas apartándose de Durban, en el Sud Africa, se encuentra el pueblo modelo del jefe Shembe, y seguramente, en más de veinte mil millas a la redonda, no se encontrará otro pueblo tan limpio y tan bien edificado.

Ordinariamente los pueblos africanos no ofrecen este aspecto. Cabras y chivas, perros y monos, están mezclados con los habitantes, haciendo que las calles y los pueblos sean inverosímilmente sucios. Desconocen las comodidades y las flores.



CABRAS, perros y monos están mezclados con los habitantes

Cómo se vive en su pueblo

En el pueblo del jefe Shembe encontramos calles y caminos pavimentados con piedras redondas; tienen jardines y cuidan sus canteros. Las chozas son limpias y están colocadas en las calles de acuerdo a un plano. Los hombres y las mujeres duermen en habitaciones separadas. Los casados, tienen chozas más grandes, revocadas con yeso.

En la vida de las tribus africanas, el baile es común a todas ellas, pero el jefe Shembe ha impuesto los bailes de los blancos, desechando los sencillos y monótonos bailes nativos. Ha impuesto el tennis, en cuyas canchas se le suele ver con frecuencia.

En algunos lugares del Africa un hombre puede tener tantas mujeres como quiera. Shembe sólo admite a sus súbditos el tener una sola mujer, pero a esto no le da mayor importancia. Su sistema de gobierno es patriarcal, probablemente se asemeja en mucho al de Abraham o Jacob. Su palabra es Ley.

Los niños van a la escuela, pero esto solamente por pocos años. Los únicos niños que pueden permanecer en la escuela cuantos años quieran son los hijos de Shembe; y su hijo mayor está actualmente en el Colegio de Universitarios Nativos de Sud Africa.

Shembe y la Biblia

Shembe es hijo de una tribu pagana, pero en su vida se nota la influencia de los misioneros, pues, estudia y lee la Biblia. Cuando subió a la dignidad de jefe, que hoy conserva impuso una especie de Antiguo Testamento, y el pueblo se llamó a si mismo, cristiano, aunque no tienen ninguna iglesia.

A Shembe le gusta emplear grandes rituales en sus fiestas religiosas. El pueblo viste entonces, ropas parecidas a largas túnicas, la mayoría de ellas blancas, el corte de las mismas indica el rango religioso, y emplean una cantidad enorme de nuestras ceremonias religiosas hasta el bautismo por inmersión.

Durante estas ceremonias se dirigen en procesión, entonando cánticos que el mismo Shembe ha compuesto, hasta un extremo del pueblo, donde han formado con piedras de colores una especie de altar, coronado por una cruz de Malta. Allí entonces, el pueblo entero escucha el sermón de Shembe.

Este pueblo es, en parte, pagano y en parte cristiano. Es una especie de fusión del paganismo y del cristianismo y todo dirigido e instituído por un jefe africano.

Ilustró GUIDA



EN LAS TRIBUS africanas el baile es común, al compás de sus sordos tamboriles

Las Tremendas Hazañas de Perucho

PERUCHO dijo: —Ayer seguíamos en casa, por radio, el partido de Boca y San Lorenzo. ¡Qué entusiasmo! Yo estuve acertado. Sabía de antemano cómo iba a resultar.

Hizo aquí un gesto de fastidio, y añadió:

—Pero esas radios de por acá no andan muy bien.

Se volvió a los muchachos, y les preguntó:

—¿No han notado nada raro, ayer?

Y a Juanito Penas:

—¿En tu casa tienen radio?

Juanito dijo que sí con la cabeza, pero intimidado por la incertidumbre de lo que Perucho podía querer o no que dijera.

Perucho pareció, entonces, satisfecho. Y dijo:

—Si tienen radio, sabrás que suele descomponerse. Ayer anduvo mal la transmisión por Belgrano.

Uno, gordito y escéptico, dijo:

—¡Qué macana!

—Perucho le espetó:

—¿En tu casa tienen radio?

—No; pero yo he escuchado en la casa de Penas.

—Entonces no podés saber; esto de la radio es una cuestión de experiencia personal; no se puede aprender de prestado ni de garrón. Está mal que te metás en lo que no sabés. Hubo en casa una interrupción, y se oyeron, de muy cerca, unas voces agitadas: "¡No, por favor! ¡No, por favor!"

Perucho se Preocupa

Eran voces de mujer; y luego un chirrido, y palabras, como de hombre, pero no las pude entender. Me pareció conocer esas voces. Se disiparon. Y me quedé preocupado. Salí a caminar después del almuerzo, mientras mamá dormía una horita, antes de llevarme al cine. Llegué hasta la esquina de Mendoza, ¡y adivinen ustedes a quién veo! Al hombre de la barba negra. La misma facha sombría y violenta. Salía en aquel momento, y se disponía a meterse en el automóvil. De pronto, pareció acordarse de algo, se palpó el bolsillo interior del saco, y comprobó que le faltaba, o algo le ocurrió que le movió a volver al sanatorio. Yo me acerco a la puerta, y como quien no da importancia a la cosa, le digo al chauffeur, un tipo simpático: —¿Ese es médico? —¿Quién? —El de la barba. —No, es el amo. —¿Y la señorita? —Es su hija. —¿Por qué llora? —¿A ti qué te importa? —Es que me da lástima. —Pues nada: que el tío ése de la barba le quiere matar al novio. Es un bárbaro. Si no fuera porque es mi amo, yo no le toleraba que tratara así a la hija. Del novio no me importa.

De pronto yo, que miraba al suelo, me agaché, y recogí un pelo. ¿Ven? Este mismo pelo negro y largo, que lo traigo aquí guardado en este papel. Los muchachos se agruparon para contemplarlo.

—Es de crin de caballo — dijo el gordito, siempre escéptico.

—Será de la cabeza de tu padre — dijo Perucho.

El otro replicó:

—Mi papá no es caballo.

—Verdad — dijo Perucho —, no puede ser; porque vos sos un burro.

El Gordito se Ofende

Eso causó gran alboroto. El gordito, ofendido, amenaza con retirarse, y Perucho le pide entonces que no lo haga: no quiere perder a nadie del auditorio. —Pero — le dice — aunque no me creás, callate; no me gusta que me contesten cuando cuento; pierdo el hilo del relato, como dice un libro que tengo. ¿Cuál? No me acuerdo.

Todos, sin embargo, le miraron con respeto. Perucho pensó entre sí: me les he impuesto. Continuó:

—El hombre de la barba negra no era, pues, ningún médico; era el papá de la señorita, y quería matar al novio. Sigo con mi hábil interrogatorio, y al chauffeur, que se admira de mi hallazgo, le digo: Pienso hacerme detective cuando sea grande.

Entonces se convence de que le conviene informarme, porque se da cuenta de que mañana, cuando me necesite, yo podré ayudarle en cualquier caso de apremio, lo mismo que suele hacer Sherlock Holmes con sus amigos. Me confirma que puede ser un pelo de la barba del hombre; yo lo guardo como una prueba para el futuro, y le pregunto dónde vive el novio. Me da las señas, y le digo: —Quiero salvarle. ¿Qué le parece que yo vaya a avisarle? —Mejor es que no te metas — me responde —. Y entonces surge en mí la sospecha de que, en el fondo, él quisiera que el hombre de la barba negra mate al novio de la señorita. ¿Qué descubro ahí mismo? Que el chauffeur está enamorado de la señorita. Veo el peligro, y resuelvo ponerla sobre aviso. Me despido, y doy la vuelta al sanatorio; por el lado de Mendoza, calculo bien la ventana que le corresponde al cuarto de la señorita: arranco una hoja de mi libretita, escribo con este mismo lápiz que aquí tengo: "Señorita, el chauffeur es cómplice del de la barba negra; su novio, en peligro; yo ando en la pista, Perucho. Confíe; tengo ya un pelo, y lo guardo como prueba."

La ventana estaba cerrada, pero sin las persianas; envuelvo una piedrita en el papel, y la tiro contra el balcón; da contra el vidrio, felizmente sin romperlo; se abre la ventana, asoma una enfermera, le hago señas, me amenaza con un gesto; persisto en darle a entender lo que quiero; señalo el suelo con el dedo; mira al suelo del balcón, parece que al fin ve el papel; lo recoge; yo le hago señas que lo entregue adentro; se encoge de hombros; parece que lo va a hacer, y cierra el balcón. Me quedo allí un rato esperando; veo que se corre la cortina, y entreveo al hombre de la barba negra; a su lado, la linda señorita. Huyo, y vuelvo a casa. Le digo a mamá: "Vamos pronto al cine". Quiero despistar, por si me persiguen.

Voy muy preocupado por el chauffeur. ¿Me delatará? Entramos en el cine, y lo primero que veo en la pantalla es un criminal de barba negra. Por momentos, parece mirarme. Me doy cuenta que es sólo una obsesión mía, porque sé que no se debe ser supersticioso. Pero eso me pone inquieto; no lo puedo remediar. Mamá se impacienta; me exige que me esté con sosiego; yo, para no asustarla, no le digo en la aventura que ando. Entiendo que el misterio es inverosímil; quiero desentrañarlo por mi cuenta. Después verán cómo yo estaba en lo cierto. Sale en la pantalla un criminal, y persigue a una muchacha; es rubia, y tiene un novio de humilde condición. Se hace la luz en mí: es lo que le debe pasar a la señorita del sanatorio. El padre tiene barba como el otro, y lo persigue: rechina los dientes, grita y echa al novio a patadas; la señorita se encierra en su cuarto, y el padre quiere llevársela muy lejos; pide socorro; nadie llega, y pienso que es exactamente lo que debe pasar con la señorita del sanatorio: me da tanta lástima pensarlo, que hasta lloro; se puede ser muy hombre y llorar, cuando se llora de corazón; eso lo tengo muy leído, y al que se burle de mí por eso le hincho las narices. Mamá se da cuenta del noble sentimiento que me domina, y me da varios besos. ¡Pobre vieja! No lo puedo evitar. Pero cuando se encendieron las luces, ¿a quién veo en un palco? Me agarro del brazo de mamá: ¡era el propio hombre de la barba negra, con una pequeña muy rubia, semejante a la otra señorita!

Perucho Ve que el de la Barba Disimula

Debía ser otra hija, y en seguida pienso que si yo salvo al novio de la del sanatorio, esta menor me va a admirar, y podremos iniciar un idilio. Esta idea me estimula, y me llena de ocurrencias la cabeza. Tengo que pensar bien el plan para dar al novio. El hombre de la barba negra disimula, y hace como que no me ve; pero yo siento que me vigila: por eso ha venido al cine él también. Pero la suerte es mi aliada. Salen primero el hombre de la barba y la señorita que será mi novia.

—¡Seriola! — dice el gordito, con envidia, pues se lo cree. Perucho no le contesta. —Salimos — sigue — de la matinée del cine, y me lleva mamá a la confitería. Allí, a una mesa, están la niña rubia con el ogro de la barba, ¡y también un joven! Es un hombre elegante. Me parece que sufre. El hombre de la barba negra le habla en tono muy nervioso; la chica está silenciosa y el joven, muy pálido, parece ya resignarse a todo. Oigo que el de la barba dice: "Hay que renunciar; no hay más remedio; es necesario dejarla, todo se ha acabado".

Perucho se Atreve, y Conoce a una Rubia

No puedo con mi genio; me da un brinco el corazón; siento lástima, indignación y un generoso fuego que enciende mi valor; y mientras mamá elige las masas, yo me arrimo a la mesa, y recogiendo todo mi ánimo, me hago presente. Me miran como con sorpresa; debo estar muy pálido, pero con aire muy resuelto; el hombre de la barba me reconoce; me doy cuenta que me tiene miedo porque le he descubierto el juego, y dice a la chica: "Este es Perucho, el valiente. La chica me sonríe, y me da un caramelo. Aprieto los dientes, y me prometo no dejarme vencer por los halagos. Me vuelvo al joven, y le digo con tono firme: "Si usted es el novio, tenga cuidado". Se pone a reír a carcajadas, muy alegre; ha entendido, y se siente salvado. El hombre de la barba, para disimular, también se ríe, y dice: "Perucho es fantástico". Yo me encojo de hombros, y hago un movimiento de ojos muy sugestivo; la chica cierra los suyos; me ha entendido; pienso que ella pondrá en guardia al novio, y me retiro, porque mamá me llama para irnos.

Esto contó Perucho; ésta fué su hazaña de aquel domingo; y cuando Juanito Penas estuvo a solas con él, y le dijo: "¿Por qué decís tantas mentiras, Perucho?", Perucho le responde:

—Decí: este pelo, ¿es no no es del hombre de la barba? ¿No lo sabés? Entonces, callate. Y el domingo fuí al cine, y después compramos masas. Es todo, pues, verdad lo que he contado.

RECUERDOS

UNA mañana llevaba el viejo Nicolás sus ovejas a abrevar en las orillas del Titicaca. Jugaban allí unos niños; y una pequeña se cayó al agua, y se hubiese ahogado, a no haberla ayudado Nicolás.

Un mes después, se topó Nicolás al médico. Este era el viejo Pedro, que le pidió fuese con él a charlar un rato. Fueron juntos, y tomaron asiento; se pusieron a mascar coca y a beber aguardiente. En esto entró sin hacer ruido, una chica. Era la sobrina predilecta de Pedro; él la llama su palomita blanca. La chica reconoce a Nicolás, y cuenta que la salvó de morir ahogada.

Cuando Pedro hubo oído esto, le dice a Nicolás: ¿cómo puede pagarte lo que has hecho? ¿qué quieres que te dé?

El viejo Nicolás no respondió, sino que siguió, con muchas ganas, haciendo honor al aguardiente y a la coca que le ofrecían.

De esta manera los viejos se pasaron la tarde; bebían y charlaban [illegible] he oído. De nuevo le pregunta Pedro: que cómo pagará lo que Nicolás ha hecho. Y Nicolás al fin le dice: Pedro, tú eres el médico; dicen que puedes transformarte en cóndor, cuando lo quieres; así como Santiago, cuando quiere, se convierte en jaguar; y también, como andas a vueltas con los muertos, acaso tengas noticia de "ella". "Ella" se ahogó en el lago Titicaca, como casi le ocurre a tu nieta. ¿La has visto alguna vez? ¿Puede encargarte de saludarla de mi parte, y decirle que Nicolás no la ha olvidado? No sé dónde se halle; pero acaso pueda yo visitarla si los espíritus me ayudan. ¿Cómo se llama ahora? ¿a qué estirpe pertenece? Yo y otros la solíamos llamar la Palomita de Oro, y ella era de la familia de los Quispe.

—Los muertos de su clase son pequeñas palomas del color de la arena — le dice Pedro —y ha un golpe en la pared, para que Nicolás pueda oír cómo los espíritus rondan por la choza, aunque no los pueda ver.

—Ahora van a venir los espíritus que te ayuden a buscarla. ¿Me van a llevar ante ella? —dijo Nicolás— lleno de pasmo, entre contento y medroso.

—Claro que sí — le aseguró Pedro —. ¿No es cierto que deseas encontrarle?

Diciendo ésto, Pedro va a una olla y llena una tacilla de un licor verde, que le ofrece a Nicolás con estas palabras: —Bebe y tu alma se irá de peregrina.

Nicolás, al pronto, vacila, mas luego bebe. Al punto se marea, lo ve todo confuso: siente que le salen alas, aclara luego en su torno y en seguida se va volando por sobre las montañas. Le escoltan dos grandes pájaros negros, uno a cada lado. El médico le ha convertido en pájaro. Los dos pájaros negros le conducen a un valle, extraño y angosto: allí crecen altos cactos, de forma de columnas, con flores blancas; y otros de tronco liso; y otros redondos, de forma de pelotas, con grandes flores rojas. La tierra está pelada en torno, y quema el sol, como los cactos. No se ve cosa viviente, si no sea un colibrí, que revolotea por las flores nevadas de los cactos de forma de columnas. En esto llega una banda de palomas y se ponen a correr por el suelo, como ratas; son de un color ocre grisáceo, como el suelo.

Uno de los pájaros negros llama al médico de las palomas y le pregunta algo en una lengua que Nicolás no comprende. El médico de las palomas le responde en la misma lengua.

El pájaro negro se vuelve hacia Nicolás y le dice: —Ella ha muerto una segunda vez, y aquí nadie sabe dónde está. Lo mejor — concluyó — es que volvamos a casa de Pedro.

Y echaron a volar de nuevo por sobre las montañas, hasta la choza de Pedro, a orillas del Titicaca.

II

A la mañana los viejos se juntan de nuevo a mascar coca y a beber aguardiente; Nicolás le cuenta a Pedro su vuelo a la selva de los cactos.

—Tengo que preguntar a mis espíritus a dónde van las almas de las palomas, cuando se mueren — le dice el viejo Pedro —; y esta noche la vas a buscar de nuevo.

Llegada la noche, Pedro conjuró a sus espíritus, para preguntarles adónde van las almas de las palomas cuando mueren.

—Si son hembras — le fué respondido — toman figuras de mujeres y habitan junto a las fuentes. Si un hombre se duerme junto a una fuente de esas, fácilmente pierde la vida.

Otra vez bebió Nicolás de aquel licor verde; otra vez sintió que le salían alas; y nuevamente escoltado de dos grandes pájaros — blancos esta vez — se va volando por sobre las cimas. Hacen alto en una fuente pequeña; allí ven a tres mozas y una vieja, que tejen fino hilo de los rayos de la luna.

Los pájaros preguntan a la vieja por la paloma de oro; la vieja responde que habita junto a un manantial de una rosa que está junta a la orilla del Titicaca.

Los pájaros blancos regresan con Nicolás, volando por sobre las montañas; descienden sobre una roca y uno de los pájaros dice a Nicolás:

—Aquí te dejamos, anda; allí está la que amas.

Nicolás vuelve a tener figura de hombre y marcha hacia la orilla, donde brota el manantial. Ahora se siente joven y animoso como antaño, cuando iba a encontrarse con su amada; y cada paso que da le parece que todo se vuelve conocido; esta es la misma roca donde hace muchos años la hallaba; estas son las mismas piedras de colores de la orilla; y cuando llega ve, bajo el rayo de la luna, cómo le espera la misma, lo mismo que antaño. Nicolás se le acerca y se ponen a jugar y se hacen mimos entre ellos; igual que en otros tiempos. Ella parece tan hermosa como antes; los años, aunque muchos, no la han avejentado. Tampoco dice nada de que él esté más viejo y más feo. Juntos caminan por la orilla; la luna resplandece sobre el agua y las rocas. Se acaba la noche, sale el sol, y se mira en el agua; ella se despide, como si dentro de poco hubieran de verse otra vez.

III

Al otro día, los dos viejos están de nuevo juntos, y mascan coca, y beben aguardiente. Nicolás se muestra de lo más expansivo y jovial, y en un tono de confidencia le cuenta a Pedro su encuentro con la muchacha.

—A la noche me harás llevar de nuevo a que la vea.

—No — dice Pedro, y sonríe, — no puedo hacer eso. Solamente la verás cuando tu alma se ponga en camino.

Nicolás bebe cada vez más, mientras pide y ruega que una vez — sólo otra vez, — le deje volver a verla y le dé para eso ese verde licor, que le vuelve la juventud y la dicha, aunque brevemente.

—No, Nicolás, — dice Pedro, — yo he hecho ya cuanto he podido. Vive ahora de tus recuerdos.



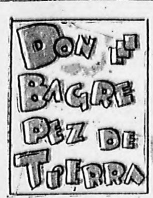
PASARON la tarde bebiendo y charlando



AL SALIR EL SOL, ella se despide de Nicolás



EL PAJARO NEGRO le dice: Ella ha muerto por segunda vez







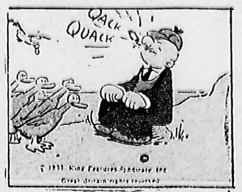
















LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI por SEGAR

























Las Aventuras y Hazañas de Cab

ORLANDO EL FURIOSO == ANGELICA L

EN aquellos tiempos lejanos, en que los moros de Africa habían invadido España, y la Cruz y la media Luna batallaban en diversas naciones para obtener el dominio de Europa, Carlomagno, el más noble entre los príncipes cristianos, celebró una solemne fiesta en París. Formaban su comitiva doce paladines, los más nobles entre los caballeros de su corte, entre los cuales Orlando, llamado también Rolando, era el más bizarro y famoso. Durante muchos siglos después de su muerte, innumerables historias y cantos han corriro de boca en boca ensalzando su heróico valor.

El amor de la princesa

PERO este valiente caballero cayó también en un grave desliz. El poema Orlando el Furioso nos habla de este asunto. Nos cuenta de qué modo el amor de una princesa pagana le hizo olvidar el deber que tenía para con su rey y su Dios; cómo el cielo le castigó privándole de la razón; nos refiere los hechos portentosos que llevó a cabo en su locura; y, finalmente, de qué modo, por especial merced de San Juan, fué devuelta la razón a Orlando, el cual volvió a ser modelo de caballeros cristianos.

Subyugado por su belleza

Mientras los príncipes, grandes y damas de la corte estaban congregados durante la solemne festividad en el palacio del emperador, se presentó en la sala una dama desconocida, acompañada de un caballero. Era la dama singularmente hermosa; su cutis semejaba, por el color y suavidad, una delicada rosa; sus ojos eran obscuros y sus cabellos de oro. Gran parte de los caballeros cristianos, y hasta el mismo Carlomagno, se enamoraron presto de ella, mas a ninguno subyugó su hermosura tanto como a Orlando. La joven era Angélica, hija de un rey del Asia Oriental; y el que la acompañaba su hermano.

Angélica huye a la India

LA belleza de esta extranjera fué origen de muchos conflictos; por ella su hermano fué muerto, y la horrorizada princesa huyó otra vez a la India. Hasta allí la siguieron Orlando y su amigo Astolfo, y la prestaron grandes servicios defendiéndola contra el rey de Tartaria y sus ejércitos. La dama pidió a Orlando que la condujera de nuevo a Francia, y así lo hizo el caballero, agasajándola y atendiéndola solícito durante el largo viaje.

Al llegar al campamento cristiano, encontraron a Carlomagno, que, con todas las fuerzas de su imperio, se preparaba a atacar al ejército sarraceno. Se dieron varias batallas sangrientas, en las que los árabes salieron vencedores, rechazando a los ejércitos cristianos hacia París, y poniendo sitio a la ciudad. Espantada ante tamaño conflicto, Angélica volvió a huir de Francia. Una noche vióla Orlando en sueños, y al despertar se avergonzó de haberla dejado partir lejos, como una oveja entre lobos. Olvidando su deber de soldado, se levantó a media noche, ciñóse obscura armadura, para no ser reconocido, y empuñando su espada y montado a caballo, dejó el servicio del rey para buscar por el mundo a la hermosa Angélica. Cubriendo su armadura con un traje moro, y usando el lenguaje árabe, buscóla en vano por el campo sarraceno. Después, llevado de la locura de su amor, recorrió las regiones occidentales de Europa, pero en ninguna parte halló el menor rastro de la hermosa princesa.

Aventuras de Orlando

DURANTE estos viajes, le ocurrieron a Orlando las más estupendas aventuras, y llevó a cabo las más heroicas y nobles acciones. Su espada y brazo poderoso estaban siempre al servicio de las damas desamparadas. Entre otros hechos hizo morir en las costas de Germania a un rey malvado que había obligado a una princesa de Holanda a casarse con un príncipe, al cual odiaba. Más tarde se embarcó hacia una isla situada al oeste de Irlanda, donde reinaba la bárbara costumbre de atar todos los días una doncella desnuda a una roca de la costa, para que sirviera de alimento al Orco, espantoso monstruo marino, que exigía este tributo. Orlando consiguió la victoria que no habían podido obtener otros libertadores; lanzó el áncora del barco en la boca del monstruo, y arrastrándole con el cable, le llevó a la orilla, donde le dió muerte.

Un día, después de haber recorrido gran parte de Europa, fué engañado por una vana apariencia de Angélica, a la cual creyó ver en brazos de un caballero que rápidamente atravesaba el bosque montado en fogoso corcel. Les persiguió largo rato por la selva hasta llegar a la puerta de un palacio de mármol; mas, aunque recorrió todo el edificio, no encontró la menor señal de la dama, caballo o caballero. Repetidas veces castigó a varios caballeros paganos por sus fechorías, y mientras andaba tras de uno de ellos, cayó sobre él su inmensa desgracia.

Angélica y Medoro

DESPUES de perseguir sin descanso al infiel por espacio de dos días, Orlando sintióse muy fatigado y le pareció en extremo pesada su férrea armadura. Inadvertidamente descubrió un ameno prado, en el que mil florecillas esmaltaban la verde yerba; los árboles daban fresca y reposada sombra y un riachuelo corría con alegre murmullo. Tendióse sobre la yerba para descansar, y al mirar a su alrededor, notó que algunos de los árboles tenían nombres grabados en la corteza; acercándose a ellos para leerlos, vió en todas partes las mismas palabras, muchas veces repetidas: "Angélica, Medoro". Para Orlando, Angélica era el nombre más querido. Examinó las letras grabadas en la corteza y le recordaron la letra de Angélica. Estaba seguro de que su Angélica había estado allí poco antes. Pero ¿quién era Medoro? Reflexionó si Medoro era un nombre que en su fantasía Angélica le había dado, y alejóse de allí abismado en inquietos pensamientos; pronto llegó a una fresca caverna abierta en una roca de la colina, y allí encontró una fuente cristalina rodeada de guirnaldas, tejidas por plantas trepadoras. Allí, en la roca, estaban también grabadas las mismas palabras: en aquel lugar Medoro había escrito, además, versos árabes, en los que cantaba su amor a Angélica. Orlando conocía el árabe como su lengua materna, y al leer los versos se convenció de que había perdido su amor para siempre. ¡En vano había sido infiel a su rey y a su Dios!



El amor de Angélica, la bella princesa pagana, hizo olvidar a Orlando su deber; pero Angé ca huyó



Mientras duraron las correrías y las locuras de Orl ando, Astolfo corrió las más singulares aventuras...

Tormentos de Orlando

ENTREGADO al tormento de los celos y a la más profunda desesperación, Orlando quedóse allí hasta la noche; pero al ver los primeros rayos de la luna se encaminó a la vecina aldea en busca de algún descanso. Llamó a la cabaña de un pastor, pidiendo asilo por aquella noche y, después de haber llevado su caballo al establo, se sentó con el pastor y su mujer; aquellas buenas gentes, viendo la tristeza de su huésped, trataron de consolarle, y al efecto le contaron que una hermosa señora había encontrado en la selva a un noble sarraceno herido y a punto de expirar; y que después de vendarle las heridas y traerle a la cabaña, le había asistido con maravillosa habilidad, hasta devolverle la salud. Le explicaron también que la bella dama se había enamorado de él, casándose luego; y que los dos amantes habían pasado sus días recorriendo juntos el soto, y cómo después de varios meses de completa felicidad se habían ido juntos, dejando al pastor, en prueba de gratitud, un brazalete de oro. El buen hombre sacó el brazalete que muy bien escondido tenía y lo enseñó a su huésped. ¡El brazalete era el mismo que él había dado a Angélica! Abatido por tan tremenda sorpresa, el infeliz caballero entróse en el dormitorio ofrecido por el pastor, y arrojándose sobre el lecho, trató de hallar en el llanto algún lenitivo a su dolor. Acostóse, mas sin poder conciliar el sueño; no hizo sino revolverse en el lecho lanzando sordos gemidos, y acordándose de que allí habían vivido Angélica y Medoro, huyó de la habitación y abandonó la casa.

La furia de Orlando

TODA la noche vagó por el bosque, y al amanecer se encontró delante de la caverna. Su vista le enfureció. Sacando su espada, hizo saltar la piedra donde los versos estaban esculpidos, y luego la corteza de los árboles sobre la que los amantes habían grabado sus nombres, y cegó la fuente con piedras y tierra. Rendidas sus fuerzas con aquellos trabajos inspirados por la có lera, se dejó caer sobre el césped, y allí per maneció por espacio de tres días y tres no ches, sin dormir ni tomar alimento, el rostro vuelto hacia el firmamento. Al cuarto día se levantó lleno de rabia; lanzó su espada y su armadura, y se despojó de sus vestidos, y de esta suerte, desarmado y desnudo, empez a recorrer el horrible camino de su locura Su furia era tan ciega como terrible su fuer za. Arrancaba de cuajo enormes árboles, si los labriegos acudían a ver lo sucedi él les perseguía, y dando muerte con sus ma nos a uno de ellos, se servía del cuerpo inerte como de una maza contra los demás La alarma cundió; tocaron las campanas d las iglesias y, tomando las armas, acudiero a millares las gentes contra él. A muchos ellos quitó la vida, y sus agresores se co vencieron de que no había arma forjada p mortales manos que fuera capaz de penetr en su cuerpo ni de causarle el menor dai

Locura y destrucción

ALIMENTANDOSE con la carne d ballíes o de cabras monteses que ba con sus propias manos, o bien queando las chozas abandonadas, Or el Furioso era un azote para el hermoso de Francia. No obstante, llevó a cabo las extraordinarias hazañas. Un día, al en un alto y estrecho puente, se e con un orgulloso sarraceno que en gar solía desafiar a los caballeros

allí pasaba
del puente
una lucha
adversario
en el tor
rría. En
dero que
un asno g
tando, le
furecido
dió tan te
re anima
cumbre de
de distanc
piernas a
de ellas,

El infe
Angélica,
meridional
truirse un
lido y de
extraño b
peinados
e había
jando
pasar p
gaba po
la cabe
scitó en
poco
tiempo
teza, y
rrer t
Medo
Pe

Caballerías de Orlando el Furioso

CA LA BELLA -- MEDORO SU GALAN

Ilustró PREMIANI



er; pero Angé ca huyó con Medoro a la India, donde refugiaron sus amores y reinaron sobre aquellos pueblos

inspirados por la cé
el césped, y allí per
tres días y tres no
ar alimento, el rostro
nto. Al cuarto día se
lanzó su espada y su
de sus vestidos, y de
y desnudo, empez
camino de su locura
como terrible su fue
o enormes árboles,
n a ver lo sucedi
o muerte con sus ma
e servía del cuerpo
aza contra los demás
aron las campanas d
las armas, acudiero
ontra él. A muchos
sus agresores se co
abía arma forjada p
era capaz de penetr
usarle el menor dañ

estrucción

con la carne d
s monteses que
as manos, o bie
abandonadas, Or
e para el hermos
e, llevó a cabo las
s. Un día, al
puente, se e
ceno que en a
os caballeros

allí pasaban; Orlando le llevó hasta la mitad del puente, y en aquel mismo sitio empezó una lucha tan reñida, que, arrancando a su adversario hasta el borde, cayeron los dos en el torrente que a gran profundidad corría. En otra ocasión, en un estrecho sendero que bordeaba un precipicio, encontró un asno guiado por dos muchachos que, gritando, le advirtieron se apartara de allí. Enfurecido por aquel sencillo ruego, el loco dió tan terrible puntapié al asno, que el pobre animal, lanzado por los aires, cayó en la cumbre de una colina situada a media legua de distancia, mientras Orlando cogía de las piernas a uno de los muchachos y, tirando de ellas, le partía en dos mitades.

El infeliz loco debía ver aún otra vez a Angélica, su amor. Llegó por fin a las costas meridionales de España, donde soñaba construirse una vivienda junto al mar. Estaba pálido y demacrado; sus ojos tenían el más extraño brillo, y llevaba el cabello y barba peinados en largas trenzas. Un día en que e había enterrado en la arena de la playa, jando únicamente libre la cabeza, acertó pasar por allí Angélica, que con su marido aba por la orilla del mar. Aquella espan- a cabeza la hizo estremecerse, pero no citó en su alma ningún recuerdo. Orlando poco reconoció a Angélica, pero, como tiempos lejanos, se sintió atraído por su eza, y, saliendo de su madriguera, echó rer tras ella en la arenosa playa, mien- Medoro trataba de herirle con su es- Pero ningún arma podía causarle el menor daño, y a pesar de huir la dama tan rápidamente como sus fuerzas le permitían, hubiera caído en manos del demente, a no haber hecho uso de su anillo que la hacía invisible. Se dejó caer de la yegua que montaba sin que Orlando la viese, y prosiguiendo éste su desenfrenada carrera, dejó tras de sí a Angélica, a la que nunca más volvió a ver. Poco tiempo después se embarcaron Angélica y Medoro para la India, donde gobernaron felizmente aquel reino.

Correrías dementes

AL apoderarse Orlando de la yegua, cabalgó en ella de día y de noche, sin darle alimento alguno ni permitirle ningún descanso, hasta que se vió obligado a apearse y conducir de la brida al pobre animal, al que aun después de muerto, arrastraba tras de sí. Anduvo así días y más días, hasta que un anchuroso río le obligó a abandonar en sus aguas los despojos de la yegua. Habiendo atravesado a nado la rápida corriente, encontró en la otra orilla a un campesino: le dió muerte y se apoderó de su caballo; y durante el resto de la carrera de su locura se procuró otros caballos, siempre de igual suerte. Orlando era una plaga terrible para su patria; mataba sin piedad a las gentes, pegaba fuego a las casas y destruía aldeas y ciudades enteras.

En sus desatentadas correrías, llegó cerca del estrecho de Gibraltar, y allí se puso a contemplar el mar. Una nave a punto de hacerse a la vela, atrajo su atención; llamó a los marineros para que le tomaran a bordo. Ellos rehusaron, naturalmente, acercarse, y su negativa volvió a excitar su furiosa cólera. Entrando en el agua con su caballo, le condujo hacia el Sur, y ahogándose el animal, y desapareciendo en el fondo del mar, Orlando llegó a nado, por fin, a las costas de Africa no lejos de un vasto campamento, donde se hallaba reunido un numeroso ejército. El fin de la expiación de Orlando estaba cerca.

El caballo alado de Astolfo

MIENTRAS duraron las correrías y la locura de Orlando, su amigo Astolfo había corrido las más singulares aventuras en distintas partes del globo, y se había hecho dueño de un caballo alado que le conducía rápidamente a donde quería. Montado en su corcel, había visitado la Abisinia, el reino del Preste Juan, al cual había librado de un gran infortunio. Dondequiera que este famoso emperador se sentara para tomar parte en un banquete, acudía volando un grupo de harpías, horribles monstruos parecidos a los pájaros, los cuales se echaban sobre la mesa y arrebataban los manjares. Este espantoso castigo le había sido impuesto a causa de su orgullo, pero debía cesar el día en que un caballero desconocido entrara en el reino montado en un caballo alado. Astolfo fué recibido con gran júbilo en palacio, en el que se preparó el festín. Al aparecer las harpías, el caballero las atacó con su espada, y cabalgando en su alado corcel las persiguió por los aires hasta llegar al pie de una elevada montaña, donde se refugiaron en una caverna, que era la entrada del infierno. El paladín se aventuró en la negra boca, llena de humo y de horribles gritos, y habló con algunas almas allí detenidas, hasta que la espesa humareda le obligó a salir.

Su caballo le llevó luego a la cumbre de la montaña, donde descubrió un delicioso paraíso, compuesto de verdes prados, lagos y arroyuelos, lleno de hermosísimas flores y de canoros pajarillos. En el centro del paraíso se levantaba un maravilloso palacio, a cuya puerta fué recibido Astolfo por un anciano de afable continente. Este personaje era San Juan Evangelista, que allí moraba con Enoch y Elías, las tres únicas criaturas que había respetado la muerte. Después de haber agasajado al forastero, el Santo le informó de la suerte de Orlando, que estaba sufriendo la justiciera mano del Altísimo, pero cuyo tiempo de prueba había terminado.

Astolfo en la luna

CUANDO llegó la noche y la luna rodaba entre las altas nubes apareció un brillante carro tirado por cuatro caballos de fuego y, montado en él, San Juan trasladó a Astolfo a la luna. El asombrado caballero vió que descendían en un vasto globo parecido a la tierra, mientras el planeta que habían dejado era como una grande luna que iluminaba los cielos. A su alrededor vió lagos, ríos, campos, hermosas ciudades y castillos, montañas y selvas; pero todas estas cosas eran distintas de las de la tierra. Luego el Santo le condujo a un lugar donde vió la más extraña escena.

En un profundo valle, situado entre montes altísimos, había un inmenso tesoro, compuesto con todo lo que en la tierra se había desperdiciado. Las horas perdidas, las ocasiones desaprovechadas, los votos quebrantados y las oraciones vanas ofrecidas a Dios, yacían allí para siempre. Se veían montones de doradas cadenas, que habían unido a los esposos mal aparejados; grandes cantidades de rotos frascos de cristal, que significaban las promesas engañosas de los grandes; mil sobras de alimentos que eran las limosnas que los ricos habían hecho a los pobres. Pero la parte más extraña del tesoro era la que formaban innumerables vasos, cada uno de los cuales contenía la malograda inteligencia de un hombre o de una mujer. Astolfo vió un vaso en el que estaba escrito su nombre, y obtuvo permiso para destaparlo y aspirar su inteligencia perdida. El Santo le presentó luego otro vaso, mucho mayor que los demás, con la inscripción: Inteligencia de Orlando, y con el precioso tesoro montaron otra vez en el carro de fuego para volver a la tierra. Astolfo volvió a cabalgar sobre su alado corcel y se dirigió de nuevo al campamento con el inestimable vaso.

Aparece Orlando furioso

CON los más valientes capitanes del ejército estaba un día Astolfo en su tienda, tratando de los planes de campaña, cuando de repente redoblaron los tambores y se levantó en el campo un gran clamor. Astolfo y sus amigos corrieron hacia la orilla del mar para averiguar la causa del tumulto, y hallaron que lo producía un hombre salvaje, que desnudo había entrado en el campamento, sembrando la confusión. Con una enorme maza había dado muerte a un centenar de soldados, y en vano los demás le arrojaban flechas. Todos estaban asombrados de su fuerza sobrenatural y discutían quién podía ser; cuando una dama que allí se hallaba, pronunció el nombre de Orlando, y conmovido hasta derramar lágrimas, Astolfo reconoció a su amigo. Todos los caballeros presentes quedaron abrumados de dolor, pero Astolfo les pidió su auxilio para sujetarle. Después de varias difíciles tentativas, pudieron asegurarle por medio de cuerdas. Astolfo mandó luego sumergirle en el mar siete veces consecutivas y, corriendo a su tienda para buscar el precioso vaso, obligó a Orlando a que aspirara la sutil substancia que contenía.

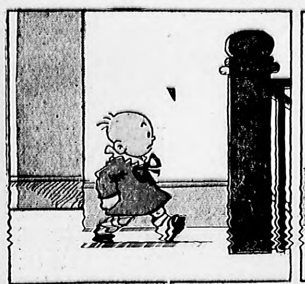
Orlando recobra la razón

LA locura de Orlando huyó instantáneamente. Le pareció que despertaba de una horrible pesadilla, sorprendido de verse desnudo y atado con cuerdas. Humilde y cortés, pidió a los que le rodeaban que le libraran de sus ligaduras; los caballeros lo hicieron así, y le dieron al momento ropas con que cubrirse. Celebróse un festín con gran regocijo, y todos los presentes advirtieron que la inteligencia de Orlando parecía más poderosa, y su elocuencia y sabiduría mayores que en otro tiempo. Orlando descubrió que no podía acordarse ahora de Angélica sin sentirse lleno de horror; su alma estaba únicamente poseída del deseo de llevar a cabo heroicas hazañas, para borrar el recuerdo de su vergüenza y locura.

Desde aquel día combatió valiente e incesantemente contra los moros, y en favor de la patria y de su rey; y con su propia mano dió muerte al jefe de los sarracenos y a muchos otros capitanes. Por último, al terminar la guerra, Orlando se encontraba entre los que volvieron triunfalmente a París. La hermosa ciudad estaba adornada con arcos de triunfo, las mujeres arrojaban a los vencedores una lluvia de flores desde las ventanas, y el emperador Carlomagno condujo a sus bizarros paladines a su palacio, donde se celebraron los más espléndidos festines. En toda la ciudad se leía la misma inscripción: "Bienvenidos sean nuestros grandes libertadores".



La furia de Orlando era tan ciega como terrible su fuerza; todo lo hendía y lo destruía, espada en mano






¡ESTA NO DEBE SER LA ESCALERA DEL SUBTERRANEO!


LA BARRA RANITA

¡EL TIPO ESE NO SABE MANEJAR AUTOS, CASI TUVO UN CHOQUE!

YO SI TUVIERA UN AUTO LO MANEJARÍA CON ARTE....

¡QUERÉS MANEJAR UN AUTO Y NO SABÉS ANDAR A CABALLO!
RESTAURANT

¡UN MOMENTO, CHICAS: RANITA VA A CONTAR UNA AVENTURA CON SU POTRO!

¿USTEDES NO SABIAN QUE YO HE DOMADO UN POTRO?
¿VOS?

¿NO LO HAS OIDO BIEN, PEDAZO DE SORDA?
¡ES QUE NO PUEDO CREERTE, RANITA!

UN GAUCHO DE LA ESTANCIA ME ENCONTRÓ CARA DE DOMADOR. ¿SABÉS?

Y ENTONCES LE DIJE QUE ME TRAIGA EL POTRO MAS CHÚCARO PARA MONTARLO.

¡Y COMO ME VOLTEÓ TRES VECES, ME LEVANTÉ INDIGNADO!

¿Y LO DOMASTE, RANITA?

¡LO BUSQUÉ POR TODAS PARTES AL QUE ME ENCONTRÓ CARA DE DOMADOR PARA DECIRLE QUE ERA UN PERFECTO ANIMAL!

EL MILAGRO A DOMICILIO

POR GIOVANNI PAPINI

New Parthenon, julio 17

SIEMPRE he estado dispuesto a asistir a cualquier milagro y para no sufrir equívocos, me he vuelto casi un especialista en el ramo. He encontrado en el transcurso de mis viajes, cinco hombres, que gozaban en sus países de la fama de poseer particularísimos poderes en el arte del prodigio y los tuve a mi disposición.

Me han costado una gruesa suma — porque ninguno de ellos quería expatriarse sin una fuerte indemnización — pero, soy el único en el mundo, lo supongo, que tiene cinco Magos en el personal a su servicio. Uno sólo, podía fallarme o no estar siempre dispuesto, mientras que así era seguro de obtener "milagros a domicilio" a mi solo pedido.

Los cinco magos

El primero de estos taumaturgos es thibetano y se llama Adjrup Gumbo. Dice ser "lama amarillo" y haber adquirido sus poderes mágicos viviendo por largos años en una "gompa" en lo más desierto de las montañas del Thibet, como discípulo del famoso Ralpa de Ladak.

El segundo, Tiufa, es un negro Wambaye del Africa Oriental que pasaba, en su tribu, como dueño absoluto de la tierra y del cielo.

En toda Bengala, nadie se puede parangonar con el célebre Baba Bharad, que es un "sannyasi", resultando ser uno de los más extraordinarios faquires de toda la India.

El cuarto es Fang Wong, un chino taoista, adepto y maestro de la escuela tántrica, que es una de las más reputadas escuelas mágicas de Oriente.

Y el último es un europeo, Wolareg, que pretende ser poseedor de la más antigua tradición iniciática y asegura ser uno de los jefes del ocultismo occidental. Nunca ha querido decirme dónde ha nacido; habla perfectamente cuatro o cinco idiomas y los escribe con toda soltura. Tiene casi dos metros de estatura y tiene una cara de viejo chiquillo mongol. Tiene el cuello siempre cubierto, porque sufre de forúnculos y antracitis, habla en voz muy alta aunque un poco infantil, pero solemne.

Creo haberme provisto bien, y poder, finalmente, darme el gusto de asistir a cualquier milagro verídico y exacto.

Confiaba que ésto, de tanto en tanto, fuera un remedio contra el horrible aburrimiento que me persigue en estos tiempos. Estaba equivocado, era una esperanza vana. Quizás al final lo consiga — ya hace más de un año que estos cinco archimagos viven a mis costillas, — pues no he renunciado a ver algo que pueda llamar un milagro.

Buena voluntad

Reconozco que no les ha faltado la buena voluntad. Todas las veces que he mandado, a uno o al otro, de mostrarme un prodigio, se han empeñado en contentarme. Finalmente, he dejado que ellos busquen el momento oportuno y el género del milagro; les he concedido todas las prórrogas posibles. Las promesas que hacían lo merecían. Tiufa se empeñaba en hacer llover en una noche serena y en hacer cesar un temporal; Fang-Wang se creía seguro de poder hacer aparecer cierto número de demonios que obedecerían a una sola señal mía; Adjrup-Gumbo se decía listo para resucitar un cadáver en mi presencia y a hacer hablar un muerto designado por mí; Baba Bharad, especializado en la levitación, me aseguraba que un día u otro subiría, sin ninguna ayuda, hacia el cielo abierto y desaparecer allí, volviendo a aparecer a mi solo llamado; y, finalmente, Wolareg, se declaraba capaz de romper o mover cualquier objeto sin tocarlo, de transformar la substancia de las cosas, de fabricar oro, de evocar espíritus parlantes y de hacerme señor del mundo fenoménico y oculto.



Ilustró ROJAS

CIERTA VEZ QUE MURIO uno de sus sirvientes, Adjrup Gumbo se dispuso a resucitarlo

Tentativas inútiles

Pero todas las tentativas resultaron inútiles. O ya faltaba alguna esencia o alguna piedra necesaria para la realización del milagro, que era necesario hacer venir desde el fondo del Asia o del Africa y que tardaban meses en llegar; otras veces eran desfavorables las fuerzas cósmicas o no eran favorables las conjunciones de los astros, por lo que era necesario suspender la ceremonia; otras veces el mago caía en una especie de catalepsia, por obra, decía al despertar, de un oculista enemigo suyo que desde lejos se había dado cuenta de la operación mágica que estaba preparando. Wolareg declaró que él no podría hacer nada si no se preparaba una sala especial para el rito, una caverna subterránea, toda revestida de basalto, orientada según sus instrucciones y provistas de trípodes, hierbas mágicas, cara mágica esculpida en huesos de iniciados muertos y de un "sancta sanctorum". Hice construir en la parte más alejada del parque una gruta, según el plano y los deseos de Wolareg, pero, desgraciadamente, siempre faltaban cosas esenciales e incontrables, resultando que esto fué lo que más me costó y lo que menos me produjo.

Los otros, entretanto, me ofrecieron algunos trucos ingeniosos como atenuantes del milagro en vano prometido. Los dejaba hacer, primero, por divertirme, y segundo, para desenmascararlos. No me gusta, verdaderamente, arrojar mi dinero a la calle. Me había provisto, para no hacer el papel de imbécil, de obras de prestidigitación y de sagaces críticas sobre el mediumnismo y el faquirismo y los había leído: el engaño, así, no resultaba.

El sirviente resucitado

Cierta vez que murió uno de mis sirvientes Adjrup-Gumbo se dispuso a resucitarlo. Ocupó la habitación del muerto por algunas horas, la llenó de humo, después me hizo llamar. A través del humo aromático vi difusamente, a mi pobre Ben que movía los pies y alzaba bruscamente la cabeza, hice abrir las ventanas y descubrí que el tibetano, sirviéndose de un hilo de la luz eléctrica, había recurrido, en vez de las ciencias de los Lamas, a la corriente puesta a su disposición por la ciencia europea. Y el pretendido resucitado fué sepultado devotamente, al día siguiente, en el cementerio vecino.

Baba Bharad quiso repetir delante de mí el conocido prodigio de la semilla del mango puesta en tierra y que en el término de una hora se transforma en una planta con frutos. Pero no me fué difícil, con una pala, demostrarle que conocía la clave, pues en el terreno había sido puesta con anticipación, sobre un cerco de corcho, la plantita de mango que el agua había elevado en el momento oportuno.

Fang-Wang hizo aparecer, en un cuarto semiobscuro una forma verdosa que, según él, era uno de los más temibles demonios del mundo subterráneo: uno de los espantables Fang-Leang. Mi lámpara de bolsillo me hizo reconocer, debajo del mantel verde, un negro ocupado en mi cocina que se había prestado a hacer el papel de demonio por una botella de gin.

En cuanto, a Tiufa debí contentarme con contemplar su cuerpo negro y untuoso recubierto de gruesos alfileres de los cuales se desprendían algunas gotas de sangre, demasiado pocas para el dinero que me costaba el mantenerlo.

Me deshago de ellos

Fué entonces que decidí deshacerme de los cinco taumaturgos impotentes. Wolareg, desde sus dos metros de estatura, me aseguró que faltaba el "aura", la "atmósfera magnética", que estos lugares materialistas no permitían la manifestación de las puras "energías espirituales" y que finalmente mi escepticismé paralizaba sus poderes y los de sus cofrades.

Y termino: los cinco magos se han hecho grandes amigos y gozan, aun hoy en día, de un apetito milagroso.

☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★

Remedio Contra las Peleas

Años atrás vivía en una aldea un matrimonio que se llevaba muy bien. Sin embargo, de vez en cuando solían tener pequeños intercambios de palabras, sobre todo cuando el marido estaba de mal humor. Entonces una palabra traía a la otra; la última, por lo general, traía como consecuencia los moretones.

El hombre decía, por ejemplo:

—Mujer, la sopa tiene otra vez poca sal. Y eso que te lo he observado ya tantas veces!

—A mí me parece bien salada, — replica la esposa.

El rostro del hombre se pone algo más rojo que de costumbre.

—Tú, estúpida mula, — exclama encolerizado. — ¿Es así como debe contestar una mujer a su marido? ¿Quieres que me deje guiar por tus gustos?

—En la cocina hay un tarro de sal, — contesta la esposa. — La próxima vez prepárate tú mismo la comida, o hazla cocer por alguien.

El hombre se vuelve iracundo. Con las mejillas inflamadas y los ojos echando chispas, arroja el plato con sopa a las plantas de la mujer, vociferando:

—Engulle tu misma este brebaje.

Entonces la esposa pierde el dominio sobre sí misma, asemejándose a un río desbordado, junto al molino, del que habían sacado las esclusas y que mueve las ruedas del molino con una vertiginosa rapidez. Grita como una desaforada, llenando al marido de improperios y dándole un sinnúmero de nombres ofensivos, que ningún hombre escucha gustoso, sobre todo de la boca de una mujer, y menos aún de la de su propia esposa.

—Ya veo, — dice el marido, — que tendré que volver a piutarte la espalda de azul con un pincel de ojaranzo.

Cansada, por fin, de tantas amabilidades de parte de su cónyuge, la mujer se dirigió al párroco, quejándose de su desdicha.

El señor cura, que era un joven inteligente, comprendió en seguida que la mujer tenía la culpa en los malos tratos que le daba el marido, por contradecirle e insultarlo continuamente.

—¿No ha oído usted hablar nunca del agua mágica? — preguntó a su visitante. Vuelva dentro de una hora; se la voy a dar.

Una vez solo, el cura llenó de agua pura del manantial un frasquito, de capacidad de una copa aproximadamente, le agregó un poco de azúcar y una gota de aceite de rosas, para darle fragancia agradable. Cuando volvió la mujer, le entregó la botellita, diciendo:

—De hoy en adelante debe llevarla siempre consigo. En el momento que vea a su marido, que vuelve de la taberna algo bebido y dispuesto a reñirla, tome un trago de esta agua mágica y téngala en la boca hasta que ve al hombre calmarse. Ya verá usted cómo deja pronto de encolerizarse y de darle palizas.

La mujer siguió el consejo del párroco. El agua mágica dió el resultado deseado y los vecinos de la pareja decían a menudo, con asombro:

—Qué les habrá pasado a los esposos? No se los oye más.

BAILAR LA RONDA CATONGA

por A. González Castro

Ronda de los pies ligeros
y de las mejillas rojas,
qué lindo es en este sitio
bailar la ronda catonga.

Muchacha, no pases pena
que tu media no está rota,
baila que te baila baila,
no te detengas, paloma.

Muchacho, no temas nada
que no has perdido la gorra,
vuela que te vuela vuela,
sigue bailando la ronda.

Ronda de los pies ligeros
y de las mejillas rojas:
libres cabelleras rubias,
ágiles piernas morochas.

Hay risas de chocolate
bajo la tarde sonora
y una pura sed de agua
jugando en todas las bocas.

Surtidor, quiebra tu chorro
sobre la turba golosa
para que beban bailando
la ronda ronda catonga.

Para que beban bailando,
pies ligeros, manos prontas,
hasta hacer un gran ovillo
de la seda de la hora.

Ronda de los pies ligeros
y de las mejillas rojas,
qué lindo es en esta tarde
bailar la ronda catonga!

Broma Fatal Entre Amigos

Un día, pasando con el amigo de casa frente al cementerio, el médico de Brassenheim le dijo, enseñando una tumba fresca:

—A éste lo mataron sus compañeros.

Luego le relató el siguiente hecho: Unos cuantos jóvenes se reunieron una noche en una posada, tomando vino y discutiendo acerca de los espíritus y los aparecidos.

—Afirmo que no los hay, — exclamó uno de los muchachos, dando un puñetazo en la mesa, — y que el que se asusta de los aparecidos es una vieja.

—Apuesto seis botellas de vino de Borgoña que tú mismo te has de asustar en caso de ver a uno de ellos, — replicóle uno de los presentes, el escritor.

—Acepto la apuesta, — exclamó el primero, que era tenedor de libros.

Al día siguiente, el escritor se dirigió a un cirujano conocido, al que dijo:

—Cuando llegue a tener un cadáver del que puede separar un antebrazo, avísemelo.

Al cabo de poco tiempo, el médico dijo al escritor:

—Hemos recibido a un suicida, un fabricante de tamices, al que el molinero no pagó la cuenta.

—¿Sigues afirmando que no hay aparecidos? — preguntó la misma tarde el escritor al tenedor de libros.

—Sí, — fué la respuesta.

Al anochecer el escritor penetró sigilosamente al dormitorio de su compañero, donde se escondió debajo de la cama de aquél. Cuando el tenedor de libros, que vino luego y se acostó, estuvo profundamente dormido, el amigo le acarició la cara con su mano tibia.

El tenedor de libros se despertó sobresaltado. Pero, puesto que era un hombre bondadoso y prudente, dijo tranquilamente:

—¿Qué bromas son éstas? ¿Crees que no me doy cuenta de que quieres ganar la apuesta?

El escritor guardó silencio. Luego, al ver que el joven volvió a conciliar el sueño, le pasó de nuevo su mano por la cara.

—Basta de bromas — exclamó el tenedor de libros malhumorado, — de lo contrario te vas a arrepentir de tu conducta, pues te la haré pagar.

Al poco rato el escritor volvió a acariciar el rostro de su amigo y, cuando éste se inclinó rápidamente para agarrarlo, diciendo: "Ahora te tengo", le puso en la mano el frío y rígido antebrazo del cadáver.

El pobre muchacho, despavorido, cayó desmayado. Una vez vuelto en sí, dijo con voz débil y apenas perceptible:

—Has ganado la apuesta.

—El domingo beberemos juntos el vino de Borgoña — replicó el escritor riendo.

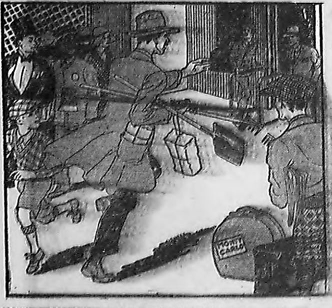
A lo que el tenedor de libros contestó con tono triste:

—¡No he de beber nunca nada más!

"A la mañana siguiente amaneció con fiebre y a los siete días falleció. Lo enterraron ayer en este cementerio y aquella es su tumba", — terminó diciendo el facultativo.

☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★

Siete Errores del Dibujante



ESTE HOMBRE que lleva todos los útiles para arreglar su jardín, no tiene nada de particular, sin embargo ponga atención en el dibujo y encontrará en él siete errores. ¿Cuáles son?

El Campesino y el Revisor

En las fronteras, donde se suele tratar de transportar mercaderías prohibidas al interior del país, hay un empleado, llamado revisador, que se dedica a observar a los que pasan; con sólo mirar atentamente a la cara de un campesino o cochero, comprende si se puede fiar de éste. Dejará pasar diez personas honradas sin detenerlas, pero al que le parece sospechoso revisará todas las bolsas o cajones que lleva hasta dar con la mercadería llevada clandestinamente.

Sin embargo, a veces se equivoca y detiene a un inocente, pues no es infalible, como cualquier mortal. También sucede que le juegan al revisador una mala pasada, haciéndole perder tiempo en vano.

Un campesino cruzaba un día el puente en un carro cargado de avena y tirado por tres caballos. En aquel momento el revisador salió de su casita y, al ver al aldeano, le gritó:

—¡Alto! ¿Qué lleva en las bolsas?

—Avena — contestó el hombre en voz baja, mirando de reojo a sus caballos.

La mirada del carrero le pareció sospechosa al empleado de la frontera.

—¿No lleva nada más de lo que dice? — volvió a preguntar.

—No, señor, nada más. Fué la respuesta.

Sin embargo el revisador no dió crédito a sus palabras y gritó, dirigiéndose a sus ayudantes:

—Hay que revisar estas bolsas sospechosas.

Los hombres se pusieron a palpar las bolsas y pincharlas con caladores especiales. Por fin descargaron todas las bolsas y las vaciaron una tras otra. No contenían nada más que avena. Por fin pasaron ésta por los tamices, para cerciorarse de que no tenía escondidas piedras preciosas o especias. Esta búsqueda también resultó infructuosa.

Entonces los ayudantes del revisador volvieron a llenar las bolsas de avena, las ataron y las cargaron de nuevo en el carro, sudando la gota gorda.

Convencido de que tenía que habérselas con un hombre honrado, el revisador dijo al campesino:

—Ya veo, amigo, que es usted un hombre bueno y honrado. Pero, explíqueme ¿por qué parecía tan inquieto cuando le pregunté qué llevaba? Por la expresión de la cara de una persona nos guiamos generalmente para formar la opinión acerca de la clase de mercadería que lleva, y al ver su mirada inquieta, creí que quería transportar algún artículo clandestinamente.

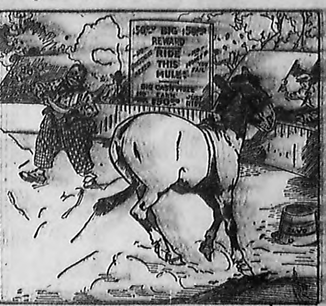
Entonces el campesino llevó al revisador a un lado y le dijo en voz baja y guiñando un ojo:

—Me ví obligado a proceder de esta manera para que mis caballos no se enterasen de que llevaba avena; hace cuatro meses que no les doy ni un poquito de ésta.

—Pero, caramba — exclamó el revisador encolerizado — usted es...

—No lo tome a mal — interrumpiólo el campesino. Le aseguro que siento mucho haberle hecho perder tanto tiempo en balde.

Hay Tres Cabezas Ocultas



EL NEGRITO cree poder hacer correr a su mulo, sin embargo no sabe que hay tres cabezas que lo observan: son un hombre de circo, un niño y un perro. ¿Puedes encontrarlas, lector amigo?


EL FLAGELO DE LA HUMANIDAD
EXITUS
Tuberculosis! El siniestro fantasma, agazapado en las sombras, descarga desde siglos y siglos sus terribles golpes sobre la Humanidad. Y las filas ralean... La gente cae víctima muchas veces de su propia despreocupación, que le hace descuidar los resfríos... ¡heraldos de las enfermedades pulmonares!... Cuidado! Elimine la tos! Elija un remedio consagrado por el Tiempo y la Experiencia; no haga ensayos peligrosos con "novedades": tome Solución Dufour - el remedio más enérgico, rápido y positivo contra la tos, congestión y resfríos. Distíngalo con su confianza, como lo han hecho millares de pacientes en todo el mundo desde hace más de 35 años.
Preparado por las Grandes Fábricas y Laboratorios Farmacéuticos Argentinos de la Droguería de LA ESTRELLA Ltda., Rivadavia 1501 esq. Paraná, Buenos Aires
OLUCION
DUFOUR